ORACIÓN

"Mi amado es para mí y yo soy para él" (89). Si Vos, Dios mío, os habéis dado todo a mí, ¿seré yo tan ingrato que no me entregue totalmente a Vos? Queréis que sea todo vuestro; aquí me tenéis, Señor; a Vos me entrego totalmente. Sed misericordioso conmigo y no os desdeñéis de recibirme entre vuestros siervos. Haced que este mi corazón, que en otro tiempo amó a las criaturas, se preocupe únicamente de amar a vuestra infinita bondad. "Muera ya este yo, os diré con Santa Teresa, y viva en mí otro que es más que yo, y para mí mejor que yo, para que yo le pueda servir; Él viva y me dé vida; Él reine y sea yo cautiva; que no quiere mi alma otra libertad" (90).

¡Ah Señor mío amabilísimo!, mi corazón es harto pequeño para amaros a Vos, que merecéis amor infinito; insigne locura y gran injusticia sería la mía si lo quisiera dividir entre vuestro amor y el amor a las criaturas. Os amo, Dios mío; os amo sobre todas las cosas; únicamente a Vos quiero amar, y renuncio a todas las criaturas para entregarme a Vos, Jesús mío, Salvador mío, mi amor y mi todo.

Digo ahora y repetiré siempre con vuestro Profeta: "¿Qué cosa puedo apetecer yo del cielo, ni qué he de

89: Dilectus meus mihi et ego illi. (Cant. II. 16.).
90: Exclamaciones, 17.

desear sobre la tierra..., Dios de mi corazón, Dios, que eres la herencia mía por toda la eternidad?" (91). No; en ésta ni en la otra vida no ambiciono más que el tesoro de vuestro amor, no quiero que las criaturas tengan parte en mi amor; Vos solo habéis de ser el dueño de mi corazón; a Vos solo ha de pertenecer en adelante; Vos solo habéis de ser mi bien, mi reposo, mi deseo y todo mi amor. Dadme vuestro amor junto con vuestra gracia, os diré con San Ignacio, y seré bastante rico (92). Esto es lo que os pido y de Vos espero.

¡Oh Santísima Virgen María!, haced que sea fiel a Dios y que jamás revoque la donación y total entrega que de mí mismo he hecho al Señor.

CONSIDERACIÓN IX

Para hacerse santo hay que tener un gran deseo de llegar a serlo

Nadie se ha santificado sin tener grandes deseos de llegar a la santidad. Así como las aves necesitan alas para volar, así también las almas tienen necesidad de las alas del buen deseo para subir al monte santo de la perfección. Para alcanzar la santidad es menester des-

---

91: Quid mihi est in coelo et a te quid volui super terram?... Deus cordis mei et pars mea, Deus in aeternum. (Ps, LXXII, 25).

92: Amorem tui solum cum gratia tua mihi dones, et dives sum satis.

prenderse de las criaturas, dominar las pasiones, vencerse a sí mismo, amar la Cruz; y para lograr todo esto hay que violentarse y padecer no poco. Ahora bien, ¿qué es lo que hacen los santos deseos? "Dannos fuerzas -responde San Lorenzo Justiniano-, y hácennos la carga más liviana". Y añade el Santo "que casi ha vencido ya el que tiene deseos de vencer" (93). El que desea escalar la cima de una montaña jamás lo logrará si no tiene gran afán de conseguirlo; este su gran deseo le alentará y le suministrará las fuerzas necesarias para vencer las fatigas de la empresa; de otra suerte, rendido y desmayado, quedará en la falda del monte.

San Bernardo asegura que el alma alcanza un grado de perfección proporcionado a los deseos que alimenta en su corazón. Y Santa Teresa añade que Dios es amigo de almas animosas que tienen grandes deseos. Y decía: "En todo es menester tener gran confianza, porque conviene mucho no apocar los deseos, sino creer de Dios que, si nos esforzamos, poco a poco, aunque no sea luego, podemos llegar a lo que muchos santos con su favor" (94). Por este camino llegaron en poco tiempo los santos a muy alto grado de perfección y hacer grandes cosas por Dios. "Con lo poco que vivió -dice el Sabio- llenó la carrera de una larga

---

93: Viris subministrat, poenam exhibet leviorem. Magna victorae pars est vincendi desiderium.

94: Vida, c. 13.

vida" (95). San Luis Gonzaga, que sólo vivió veintitrés años, alcanzó en tan corto espacio de tiempo tal grado de santidad, que, cuando Santa María Magdalena de Pazzis le vió en espíritu gozando de Dios en la gloria, dijo que, a su entender, no había santo en el paraíso que gozase más de Dios que el joven Luis Gonzaga. Y al mismo tiempo se le dió a entender a la Santa que había alcanzado tan subido grado de gloria por los grandes deseos que había tenido de unirse con Dios y de amarle cuanto merecía ser amado; y al entender el santo joven que no podía llegar con las obras adonde llegaba el deseo, padecía en la tierra un martirio de amor.

San Bernardo, cuando estaba en la religión, para excitarse al fervor solía apostrofarse a sí mismo y decirse: "Bernardo, Bernardo, ¿a qué has venido?" Lo mismo te digo yo: ¿qué has venido a hacer, hijo mío, en la casa de Dios? ¿Por qué has abandonado el mundo? ¿Para santificarte? Y ahora ¿qué haces? ¿En qué pierdes el tiempo? Dime: ¿quiéres hacerte santo? Si no alimentas en tu corazón este deseo, jamás llegarás a la santidad. Por consiguiente, si no lo tienes, pídeselo a Jesús y a María. Y si lo tienes, ánimo y adelante, porque, como dice San Bernardo, muchos no se santifican por ser apocados y faltos de valor. Cobremos, pues, ánimo y valor. ¿Por qué temer? ¿Por qué descon-

95: Consummatus in brevi explevit tempora muita. (Sap IV. 13).

fiar? El Señor, que nos ha dado la fortaleza necesaria para abandonar el mundo, nos dará también alientos para alcanzar la santidad. Todo acaba en el mundo; la vida que ahora llevamos, ora se deslice entre venturas, ora se arrastre entre abrojos, se acabará presto; la eternidad no terminará jamás, y lo poco que hayamos hecho por Dios será lo único que nos sirva de consuelo en la hora de la muerte y por toda la eternidad. Los trabajos y fatigas durarán poco; la corona, que ya divisan nuestros ojos, será eterna. ¡Qué gozo más cumplido gozan ahora los santos por lo poco que en la tierra padecieron por Dios! Si en el paraíso pudiera tener asiento la pena y la aflicción, los bienaventurados únicamente se afligirían de no haber hecho por Dios lo que podían mientras vivieron y ahora no pueden hacer. Ánimo, pues, y manos a la obra, que no hay tiempo que perder, que bien puede suceder que mañana no podamos hacer lo que hoy podemos llevar a cabo. Decía San Bernardino de Sena que un momento de tiempo vale tanto como Dios, puesto que a cada momento podemos ganar a Dios o su divina gracia o mayores grados de gloria.

ORACIÓN

Aquí me tenéis, Señor mío; "preparado está mi corazón, Dios mío -os diré con David-, preparado está mi corazón". Heme aquí pronto a seguir vuestra voluntad. "Señor, ¿qué queréis que haga?" Decidme, Dios mío, lo que pedís de mí, que estoy dispuesto a obedeceros en todo. Deploro el tiempo que he perdido, durante el cual podía haberos dado gusto y no lo he hecho; pero os doy gracias, porque todavía me otorgáis tiempo para remediar el yerro cometido; no quiero dejar perder la ocasión de agradaros y complaceros.

Quiero y deseo santificarme, no para tener más gloria y mayor gozo en el cielo, sino para agradaros y amaros más en esta y en la otra vida. Haced, Señor, que os ame y os sirva cuanto Vos de mí pedís. Esto, y nada más que esto, os pido, Dios mío; mi afán es amaros; mi único deseo, complaceros, y para conseguirlo me ofrezco a padecer toda suerte de trabajos y menosprecios. Aumentad en mí cada vez más este deseo y dadme, Dios mío, la gracia de cumplirlo. Apoyado en mis fuerzas nada puedo, pero lo puedo todo ayudado de vuestra gracia. Eterno Padre, por amor de Jesucristo, vuestro Hijo, ayudadme; Jesús mío, por los méritos de vuestra Pasión, socorredme; ¡oh María, esperanza mía!, por amor de Jesús, amparadme y protegedme.

CONSIDERACIÓN X

Del amor que debemos a Jesucristo para corresponder al que nos ha manifestado

Para llegar a entender el amor que nos ha manifestado el Hijo de Dios, bastará considerar las palabras que de Jesucristo dice San Pablo: "Se anonadó a sí mismo tomando forma de siervo... Se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz" (96). Maravillados quedaron los ángeles, y lo estarán por toda la eternidad, al ver que todo un Dios por el amor del hombre se hizo hombre, sujeto a todas las flaquezas y trabajos del hombre. Y *el Verbo se hizo carne*. ¿Quién no se maravillaría al ver a un rey hacerse gusano por amor a los gusanos? Pues infinitamente más admirados debemos quedar al contemplar a un Dios hecho hombre y humillarse a padecer muerte afrentosa e ignominiosa de cruz, donde acabó su sacrosanta vida. Hablando de la muerte de Cristo sobre el monte Tabor los profetas Moisés y Elías, dice el Evangelio que la llamaban *exceso*. Con razón fue llamada exceso la muerte de Cristo, dice San Buenaventura; porque fue un exceso de dolor y exceso de amor que nadie acertaría a comprender si la Historia no lo

---

96: Semetipsum exinanivit forman servi accipiens... Humiliavit semetipsum, factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis. (Fil II, 7).

atestiguara. Exceso de amor, añade San Agustín, y para dar a conocer al hombre cuanto le amaba, quiso el Hijo de Dios bajar a la tierra y llevar vida penosísima acabándola con muerte ignominiosa (97).

Reveló el Señor a su amada sierva Armela Nicolás que la causa de todos sus trabajos y de su afrentosa muerte había sido el amor que a los hombres abrigaba en su pecho. Si Jesucristo no hubiera sido Dios, sino un simple mortal como nosotros, ¿cómo hubiera podido manifestarnos mejor su amor y su amistad que muriendo por nosotros? "Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos" (98). Que por esto los santos, al considerar el amor que Jesucristo nos ha manifestado, han creído hacer bien poco sacrificando por un Dios tan amante sus vidas y todas sus haciendas.

¡Cuántos jóvenes, cuántos nobles personajes han abandonado su casa y su patria, sus riquezas, sus parientes y todo cuanto tenían, para encerrarse en un claustro y vivir únicamente consagrados al amor de Dios! ¡Cuántas doncellas han renunciado a la mano de los reyes y de otros grandes personajes del mundo, y alegres corrieron a la muerte, para corresponder de algún modo al amor que profesaban a Jesucristo, muer-

---

97: Propterea Christus advenit. ut cognosceret homo quantum cum diligat Deus. (De catech. rud. c4).

98: Majorem hanc dilectionem nemo habet, ut animan suam ponat quis pro amicis suis. (Jn XV, 13).

to por su amor y ajusticiado en un patíbulo infame! Esto parecía una locura a Santa María Magdalena de Pazzis, y por eso decía a Jesucristo: "Sí, Jesús mío, sois loco de amor". También los gentiles, cuando oían predicar la muerte del Redentor, la tenían por locura que no acertaban a comprender, como lo atestigua San Pablo: "Predicamos -dice- a Jesucristo crucificado, objeto de escándalo para los judíos y de locura para los gentiles" (99). "¿Cómo es posible -decía- que un Dios tan feliz y dichoso, que de nadie necesita haya podido morir por amor de los hombres, sus esclavos? Esto es obligarnos a creer que un Dios se ha vuelto loco por amor a los hombres. Y, sin embargo, es de fe que Jesucristo, verdadero Hijo de Dios, se entregó a la muerte por nuestro amor. "Nos amó - dice San Pablo- y se entregó a sí mismo por nosotros" (100). Razón, pues, tenía Santa María Magdalena de Pazzis para exclamar, llorando la ingratitud de los hombres para con un Dios tan amante, cuando decía: "¡Oh amor no conocido! ¡Oh amor no amado!" A la verdad, si los hombres no aman a Jesucristo, es porque viven olvidados del amor que les ha profesado.

Es imposible, en efecto, que viva sin amar a Jesucristo el alma que considera que ha muerto por su amor.

99: Praedicamus Christum crucifixum, judaeis quidem scandalum, gentibus autem stultiam. (I Cor. I, 23).

100: Dilexit nos et tradidit semetipsum pro nobis. (Ef V, 2).

"La caridad de Cristo -dice San Pablo- nos impulsa" (101). Considerando el amor de Cristo, el alma se sentirá inflamada y como forzada a amar a un Dios que tanto la ha amado. Bien podía Jesucristo, dice el Padre Nieremberg, redimirnos derramando una sola gota de su sangre divina a fin de que, en presencia de tantos dolores y de muerte tan cruel, nos moviésemos a amar, no con menguado amor, sino con todas nuestras fuerzas, a un Dios tan enamorado de los hombres. "Para que los que viven, como dice San Pablo, no vivan ya para sí, sino para el que murió por ellos" (102).

ORACIÓN

¡Oh Jesús, Señor y Redentor mío! Harto habéis hecho para obligarme a amaros: demasiado os ha costado mi amor. Muy ingrato sería si me contentase con amar tibiamente a un Dios que me ha dado la sangre, la vida y todo cuanto tenía. Si Vos habéis muerto por mí, pobre esclavo vuestro, razón es que yo muera por Vos, mi Dios y mi todo. Sí, Jesús mío; todo lo dejo para entregarme a Vos; renuncio al amor y al afecto de todas las criaturas para consagrarme única y enteramente a vuestro santo amor. "Mi ama-

---

101: Charitas Christi urget nos. (II Cor V, 14).

102: Ut et qui vivunt jam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis mortuus est (Ibid. 15).

do... escogido es entre millares" (103); entre todos los bienes de la tierra, a Vos os elijo por mi bien, por mi tesoro y por mi único amor. Os amo, Amor mío, os amo; y vuelvo a repetirlo y sin cansarme de hacerlo os diré: os amo, Amor mío; os amo: bien sé que no os contentáis con que os ame con tibieza, ni queréis que ame otra cosa fuera de Vos. Pues bien, quiero complaceros en todo: quiero amaros con todo mi corazón; sólo a Vos quiero amar, sólo a Vos; Dios mío, Dios mío, haced que en esto se cumplan plenamente mis deseos.

¡Oh Reina mía, María! Ayudadme Vos también a amar con todo mi corazón a nuestro Dios. Amén, así lo espero, así sea.

CONSIDERACIÓN XI

De la gran dicha que tienen los religiosos de habitar con Jesús Sacramentado

La Venerable Madre María de Jesús, fundadora de una Congregación en Tolosa, decía que por dos razones estimaba en su justo valor la vida religiosa: la primera, porque los religiosos por el voto de obediencia se consagran a Dios por entero, y la segunda, porque

---

103: Dilectus meus electus ex millibus. (Cant V, 10).

tienen siempre la dicha de vivir en compañía de Jesús Sacramentado.

En efecto: si las gentes del mundo se tienen por felices y dichosas cuando el Rey las llama a habitar en su palacio, ¿cuánto más felices son los religiosos al ser admitidos a morar de continuo en compañía del Rey del cielo en su propia casa?

Jesucristo permanece en las iglesias de los religiosos, con el fin de que a todas horas puedan hallarlo. Los seglares apenas pueden visitarle en el día, y en algunas partes sólo pueden lograrlo por la mañana; en cambio, el religioso lo encuentra en el Tabernáculo siempre que quiere, por la mañana y por la noche lo mismo que durante el día. Allí puede conversar de continuo con su amado Señor, y Jesucristo se complace en tratar familiarmente con sus siervos, que ha sacado del mundo para hacerles gozar ya en esta vida de su amorosa presencia, aunque oculto bajo los velos eucarísticos, hasta que llegue el momento de trasladarlos al paraíso y pueda ser visto por ellos cara a cara y sin velos.

A todas las casas religiosas se puede aplicar lo que un santo decía de la soledad: "¡Oh dichosa soledad, donde el Señor habla y conversa familiarmente con los suyos!" (104). Las almas que aman de veras a Jesu-

---

104: O solitudo in qua Deus cum suis familiariter loquitur et conversatur!

cristo hallan un gozo anticipado del paraíso en presencia del Santísimo Sacramento, que permanece en nuestros sagrarios por el amor que tiene al que le busca y le visita.

"Su conversación -dice el Santo- no tiene rastro de amargura, ni tedio alguno su trato" (105). Los que no aman a Jesucristo sienten pesadumbre en tratar con Él; mas el alma que ha cifrado en Jesús todos sus amores encuentra en el Sagrario su descanso, su paraíso y todo su tesoro; y por eso, llevada en alas de su amor, vuela siempre que puede a visitar y hacer compañía a su Dios Sacramentado, derramando al pie de los altares todos los afectos de su corazón, todas sus aflicciones, los deseos que tiene de amarle, de verlo cara a cara y sin celajes, y entretanto el afán que tiene de complacerle en todo.

ORACIÓN

¡Oh Jesús mío Sacramentado! Aquí me tenéis en vuestra presencia. Me habéis amado tanto, que vuestro amor os llevó un día a sacrificaros por mí en la cruz y os ha obligado después a permanecer encerrado en esta cárcel de amor. Almas hay que os han ofendido menos que yo y más que yo os han amado; pero entre

105: Non habet amaritudinem conversatio illius; nec taedium convietus illius. (Sab VII, 16).

todas ellas me habéis escogido por vuestra bondad para haceros compañía en esta vuestra casa, en que me habéis colocado, después de arrancarme de los lazos del mundo, para que viva de continuo unido con Vos y vaya después al reino de la gloria a amaros y alabar vuestras misericordias. Os doy por ello las más rendidas gracias, mayormente por haberme hecho indigno de tan gran ventura. "He escogido ser el portero de la casa de Dios -os diré con el Salmista- más bien que habitar en la morada de los impíos" (106).

Sí, Jesús mío; mi corazón rebosa de contento por haber abandonado el mundo, y me tengo por más feliz y dichoso ejercitándome en vuestra casa en los oficios bajos y humildes que habitar en los regios palacios de los grandes de la tierra. Recibidme entre vuestros siervos y consentid, Señor mío, que viva siempre en su compañía. No me desamparéis, como lo tengo merecido, ni llevéis a mal que entre tantos siervos vuestros y hermanos míos que os sirven en esta casa viva también yo, miserable pecador. Muchos años viví lejos de Vos; mas ahora que me habéis iluminado y dado a conocer la vanidad del mundo y mi gran locura, no quiero, Jesús mío, separarme más de vuestro lado. Vuestra presencia me alentará a combatir cuando fuere tentado y me recordará la obligación que tengo de amaros y

---

106: Elegi abjectus esse in domo Dei mei, magis quam habitare in tabernaculis peccatorum. (Ps LXXXIII, II).

de recurrir siempre a Vos en mis luchas contra el infierno. Por eso quiero vivir cerca de Vos, para unirme y estrecharme más y más con vuestro Corazón.

Os amo, Dios mío, escondido bajo los velos eucarísticos; por amor mío estáis de continuo en este altar, y yo, por amor vuestro, quiero estar cuanto pueda en vuestra divina presencia. Vos, aquí encerrado, me estáis siempre amando; pues yo también encerrado aquí con Vos quiero amaros con todo mi corazón... ¡Oh Jesús mío, mi amor y mi todo!, de esta suerte viviremos siempre unidos, mientras viva en esta casa y después en el paraíso por toda la eternidad. Así lo espero, así sea.

¡Oh Santísima Virgen María!, dadme un grande amor al Santísimo Sacramento.

CONSIDERACIÓN XII

La vida del religioso es la más conforme a la de Jesucristo.

El apóstol San Pablo dice que el Padre Eterno a los que eligió para el Reino de los Cielos "también los predestinó para que se hiciesen conformes a la imagen de su Hijo Jesucristo" (107). Por esto los religiosos deben vivir contentos y estar seguros de alcanzar el paraí-

107: Quos praescivit, et praedestinavit conformes fieri imaginis Filii sui. (Rom VIII. 29).

so, cuando Dios los ha llamado a un género de vida entre todos el más conforme a la vida de Jesucristo.

Nuestro divino Salvador quiso, mientras vivió en la tierra, llevar vida pobre, como la lleva un vulgar aprendiz en casa de un pobre artesano: pobremente alojado, pobremente vestido y alimentado como los pobres. "Por vosotros se hizo pobre -dice San Pablo-, a fin de que vosotros fueseis ricos por su pobreza" (108). Además escogió una vida del todo mortificada, privada de todo género de placeres y acompañada desde la cuna hasta el sepulcro de indecibles tristezas y amarguras. Por esto el profeta Isaías lo llamó *Varón de dolores*. Con esto quiso dar a entender a sus seguidores cuál es la vida que deben llevar. "Si alguno quiere venir en pos de mí -dice Jesucristo-, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (109). Para responder a estas palabras de Cristo y seguir sus ejemplos, los santos se han determinado a despojarse de todos los bienes de la tierra y cargar con la cruz del sufrimiento, para seguir más de cerca a su amado Señor. Así lo hizo San Benito, el cual, no obstante ser hijo de un gran señor de Nursia y pariente del emperador Justiniano, abandonó a la temprana edad de catorce años los regalos y placeres en que se había criado y se retiró a vivir en una cueva del monte Subiaco, donde

---

108: Propter vos egenus factus cum esset dives ut illins inopia vos divites essetis. (II Cor VIII. 9).

109: Si quis vult post me venire, abneget semetipsum et tollat crucem suam et sequatur me. (Mt XVI, 24).

por todo alimento no tenía más que el pedazo de pan que todos los días le llevaba un monje llamado Román.

Así obró también San Francisco de Asís, el cual, dejando en manos de su padre todo cuanto tenía, hasta sus propios vestidos, se consagró a Jesucristo para vivir en mortificación y pobreza. San Francisco de Borja y San Luis Gonzaga, a pesar de ser el uno Duque de Gandía y señor el otro de Castiglione, ambos a dos abandonaron riquezas, estados, vasallos, patria, casa y parientes, para ir a vivir como pobres en la religión.

De igual suerte han obrado otros grandes señores, entre los cuales se cuentan reyes y príncipes. La Beata Zaedmerra, hija del Rey de Etiopía, renunció al trono para hacerse religiosa de Santo Domingo. La Beata Juana de Portugal, por entrar en religión, renunció a los reinos de Francia e Inglaterra. La sola Religión benedictina cuenta en su seno veinticinco emperadores y setenta y cinco reyes y reinas, que abandonaron el mundo para vivir pobres, mortificados y olvidados de los hombres en el retiro del claustro.

¡Ah! Estos son, y no los grandes Señores del mundo, los que merecen el nombre de afortunados. Las gentes del siglo los tienen ahora por locos e insensatos; pero en el valle de Josafat se convencerán, aunque tarde, que los verdaderos locos fueron ellos, y mirando entonces a los escogidos sentados sobre sus tronos y coronados por la mano del mismo Dios, exclamarán lanzando gemidos de indecible desesperación: "Estos

son los que en otro tiempo fueron el blanco de nuestros escarnios... ¡Insensatos de nosotros! Su tenor de vida nos parecía una necedad... Mirad cómo son contados entre los amigos de Dios y cómo su suerte es estar con los santos" (110).

ORACIÓN

¡Oh Jesús, Maestro y Redentor mío! Yo tengo la gran ventura de contarme en el número de los que habéis llamado para ir en vuestro seguimiento. Gracias os doy por ello, Jesús mío, y por seguiros lo abandono todo. Quisiera tener más que abandonar para ir en pos de mi Rey y Señor, que por amor mío y para alentarme con su ejemplo ha querido llevar vida tan pobre y despreciada. Caminad delante de mí, Señor mío, que yo me esforzaré por seguiros. Dadme la cruz que os agrade, que con vuestra ayuda y favor estoy dispuesto a llevarla siempre con constancia y con amor. Duélome, Señor, de haberos en otro tiempo abandonado para seguir mis gustos e ir en pos de las vanidades del mundo; pero ahora estoy dispuesto a no abandonaros jamás. Atadme a vuestra Cruz, y si mi flaqueza opone a veces resistencia, atraedme con las dulces cadenas de vuestro amor, para que no tenga la desgracia de volveros a abandonar.

110: Hi sunt quos habnimus aliquando in derisum... Nos insensati vitam illorum aestimabamus insaniam... Ecce quomodo computati sunt interfilios Dei et inter santos illorum est! (Sap V, 3).

Sí, Jesús mío; renuncio a todas las alegrías del mundo; mi contento y única dicha será amaros y sufrir cuanto fuere de vuestro agrado. Espero un día llegar a vuestro reino, donde estaré unido a Vos con tan estrecho lazo de amor, que ya no tenga jamás la desgracia de verme separado de Vos. Os amo, mi Dios y mi todo, y siempre os amaré.

Así lo espero, ¡oh Madre de Dios, María Santísima! Vos, que por haber sido en la tierra la más semejante a Jesucristo sois ahora la más poderosa para impetrar de Dios todas las gracias, amparadme y protegedme.

CONSIDERACIÓN XIII

Del celo que deben tener los religiosos por la salvación de las almas (111)

El que es llamado a la Congregación del Santísimo Redentor no se hará santo jamás, ni tampoco será verdadero discípulo de Jesucristo, ni tendrá el verdadero espíritu del Instituto, si no se esfuerza en cumplir con

111: Aunque al escribir San Alfonso esta meditación tuvo presente la Congregación de Misioneros del Santísimo Redentor, por el fundada, sin embargo, el asunto de ella es útil a toda suerte de religiosos y religiosas, pues todos están llamados a ejercer el apostolado, ora por medio de la oración, ora por medio de la enseñanza, ora, más principalmente, por medio de la predicación.

el fin de su vocación, que consiste en salvar las almas más privadas de espirituales auxilios, como son las pobres gentes del campo.

Con este intento vino el Redentor al mundo, como lo declaró por estas palabras: "El espíritu del Señor me ha ungido con su unción divina y me ha enviado a evangelizar a los pobres, a curar a los que tienen el corazón contrito" (112). Y cuando quiso tener claras pruebas del amor que San Pedro le profesaba, no le pidió más argumentos que este de la salvación de sus ovejas, diciéndole: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas? -Apacienta mis ovejas" (113). "No le dijo Cristo -escribe a este propósito San Juan Crisóstomo- abandona las riquezas, castiga tu cuerpo con ayunos, macéralo a fuerza de trabajos y privaciones; sólo le dijo: Apacienta mis ovejas" (114). Y nuestro bondadoso Redentor llegó hasta declarar que miraba como hecho a sí mismo cualquier favor o beneficio que hiciéramos al último de nuestros hermanos: "En verdad os digo: lo que hicisteis con alguno de estos mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis" (115). Por esto todos los religiosos deben alimentar en su co-

---

112: Spiritus Domini... unxit me, evangelizare pauperibus... (Luc, IV, 18).

113: Simon Joannis, diligis me? Pasce agnos meos..., pasce oves meas... (Jo XXI, 16).

114: Non dixit Christus: Abjice pecunias, jeiunium exerce, macera te laboribus; sed dixit: Pasce oves meas.

115: Amen, amen dico vobis: quamdiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis. (Mt XXV, 40).

razón este deseo y afán de salvar almas. A este fin deben enderezar todos sus estudios; y cuando los superiores los pongan en algunos oficios o ministerios, a este mismo fin deben converger todos sus pensamientos y desvelos. No merecería llevar el nombre de miembro de la Congregación del Santísimo Redentor el que por desear vivir vida retirada y solitaria, atendiendo sólo a los cuidados de su alma, no aceptase de grado el trabajar en los ministerios apostólicos que le confiara la obediencia. ¿Qué mayor gloria puede ambicionar un hombre que ser cooperador, como dice San Pablo, en esta grande obra de la salvación de las almas? El que ama al Señor con todo corazón no se contenta con amarle él solo: quisiera también inflamar a todo el mundo en santos ardores de caridad, diciendo con David: "Engrandeced conmigo al Señor y todos a una ensalcemos su nombre" (116). Por esto, dirigiéndose San Agustín a todos los amadores de Dios, les dice: "Si amáis a Dios, inflamad a todos en su santo amor" (117).

Además, el que con verdadero celo trabaja en la salvación de las almas, tiene muy fundadas esperanzas de salvar la suya, según aquello de San Agustín: "Si has salvado un alma, has asegurado la predestinación de la tuya" (118). Y el Espíritu Santo por Isaías

---

116: Magnificate Dominum mecum, et exsaltemus nomen ejus in idipsum. (Ps XXXIII, 4).

117: Si amatis Deum, rapite omnes ad amorem Dei. (In Ps 33, en 2).

118: Animan salvasti, animam tuam praedestinasti.

nos dice: "Cuando abrieres tus entrañas para socorrer al hambriento (es decir, cuando te hubieres fatigado por el bien del pobre) y consolares al alma angustiada (colmándola por medio de tu ministerio de los efluvios de la divina gracia), el Señor te dará un perpetuo reposo, y llenará tu alma de resplandores de gracia" (119), y te colmará de paz y luz divina. San Pablo cifraba la esperanza de su eterna salvación en los trabajos que había padecido por salvar a los demás. He aquí lo que decía escribiendo a sus discípulos de Tesalónica: "¿Cuál es nuestra esperanza, nuestro gozo y la corona que formará nuestra gloria? ¿No sois vosotros delante de nuestro Señor Jesucristo para el día de su advenimiento?" (120).

ORACIÓN

¡Oh Señor mío Jesucristo! ¿Cuándo podré yo daros gracias por el singular favor que me concedisteis al llamarme a ejercer el mismo ministerio que Vos habéis ejercido en la tierra, ayudándoos con mis escasas fuerzas a salvar las almas? ¿Cuándo merecí tan grande

119: Cum effuderis esurienti animan tuam, et animan afflictam repleveris..., requiem dabit tibi Dominus semper, et implebit splendoribus animan tuam. (Is LVIII, 10).

120: Quae est enim nostra spes, aut gaudium, aut corona gloriae? Nonne vos ante Dominum nostrum J. C. estis in adventu ejus? (I Thess II 19).

honra y gloria? ¿Cuándo os ofendí con tantos pecados? ¿Cuándo arrastré a otros a que os ofendieran?

¡Oh Salvador mío!, ya que me habéis llamado para que os ayudara en esta grande obra de la redención, quiero gastar en ella todas mis fuerzas, y para obedeceros estoy dispuesto hasta dar mi sangre y mi vida si no bastan mis sudores y fatigas. No pretendo con esto seguir los impulsos de mi natural o granjearme el aplauso o estimación de los hombres; mi único deseo es que todos los hombres os amen como Vos merecéis ser amado.

Aprecio en su justo valor la gracia que me ha cabido en suerte, y téngome por dichoso al considerar que me habéis escogido para esta grande obra; y al consagrarme a ella, renuncio y deposito a vuestros pies todas las alabanzas de los hombres y toda personal complacencia, para no buscar más que vuestra santa gloria. Sea para Vos toda la honra, y para mí únicamente las incomodidades, las humillaciones y toda suerte de trabajos. Aceptad, Señor, la ofrenda que os hace un pecador miserable, que desea amaros y ver que los demás también os amen; dadme fuerzas para cumplir este deseo.

¡Oh María, abogada mía poderosísima! Vos, que tanto amáis a las almas, asistidme y ayudadme.

CONSIDERACIÓN XIV

Cuán necesarias son al religioso las virtudes de humildad y mansedumbre

Jesucristo, amantísimo Redentor nuestro, quiere ser llamado Cordero, cabalmente para darnos a entender cuánto le agrada la mansedumbre y la humildad. Estas dos virtudes fueron las que de modo especial quiso enseñar a sus discípulos, diciéndoles: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón" (121). Y dicho se está que estas dos virtudes exige particularmente de los religiosos que hacen profesión de imitar su vida sacrosanta.

Los que viven en la soledad de los desiertos no tienen tanta necesidad de estas virtudes; pero los que viven en comunidad es imposible que no tengan que padecer, o bien reprensiones de los superiores, o bien molestias de sus hermanos; por donde vendrá a acontecer que el religioso que no ama la mansedumbre cometerá cada día mil defectos y llevará vida inquieta y turbada. Es menester que se muestre dulce y afable con todos: con los extraños, con los compañeros y aun con los súbditos, caso de ser Superior. El religioso debe estar persuadido de que vale más soportar con humildad y mansedumbre las afrentas y menosprecios que mil ayunos y disciplinas.

121: Discite a me quia mitis sum et huimilis corde. (Mt XI, 29).

Decía San Francisco que muchos ponen la esencia de la perfección en la mortificación exterior y luego no pueden soportar una palabra ofensiva, por no entender cuán grande provecho se saca de llevar en paciencia las injurias (122). Personas hay, dice San Bernardo, que son todo afabilidad y dulzura mientras no se toca a su genio ni con hechos ni con palabras; mas apenas se les contraría algún tanto, luego dan muestras de tener bien poca mansedumbre. Y advierta el Superior que más provecho sacan los súbditos de una reprensión envuelta en dulzura que de ciento amargadas con el veneno de la severidad.

"El manso de corazón, dice San Juan Crisóstomo, es útil para sí y para los demás" (123). Y añade: conservar igualdad de ánimo en las contrariedades es clara señal de una virtud sólida. Dios tiene puestas sus complacencias en el corazón manso y humilde. "Lo que le agrada -dice el Eclesiástico- es la fe y la mansedumbre" (124). Bueno es que el religioso en la meditación traiga a la memoria las ocasiones en que pueda perder la paz, para armarse a tiempo contra ellas; y cuando se presente la ocasión debe hacerse violencia para no turbarse y prorrumpir en impaciencias. Por esto mismo, cuando tenga el ánimo turbado, procure guardar silencio hasta que haya logrado entrar en calma.

122: Non intelligentes quanto majus et lucrum in tolerantia injuriarum.
123: Mansuetes utilis sibi et aliis.
124: Beneplacitum est illi fides et mansuetudo. (Eccli I, 34).

Mas para soportar en paz las injurias es muy necesario estar bien fundado en humildad. El verdadero humilde no sólo no se turba al verse menospreciado, sino que también se goza en el menosprecio, y, a despecho de las repugnancias de la carne, se complace interiormente al verse tratado como él cree merecer, pareciéndose en esto a Jesucristo, el cual, no obstante ser digno de todo honor y alabanza, quiso por amor nuestro ser saciado de oprobios y de injurias. Cuando Fray Junípero, discípulo de San Francisco, recibía alguna injuria, extendía su túnica, como en ademán de recoger las perlas que caían del cielo. Los santos buscaban con más avidez los desprecios y las injurias que los mundanos los aplausos y los honores. ¿Para qué sirve un religioso que no sabe soportar un desprecio por amor de Dios? Será siempre un soberbio, o, a lo más, humilde con humildad fingida, sobre el cual no podrá descender la gracia divina, porque, como dice el Espíritu Santo: "Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes" (125).

ORACIÓN

¡Oh humildísimo Jesús mío, que por el amor que me tenéis os habéis humillado y hecho obediente hasta la muerte de cruz! ¿Cómo tengo valor para compa-

125: Deus superbis resisti, humilibus autem dat gratiam. (I Pe, V, 5).

recer ante vuestra presencia y llamarme vuestro discípulo, viéndome tan pecador y tan soberbio que no tengo ánimo para soportar un desprecio sin sentirme agraviado? Y ¿cómo puedo ser tan soberbio cuando por mis pecados he merecido mil veces estar sepultado en el infierno por toda la eternidad, bajo los pies de los demonios? ¡Oh Jesús mío, despreciado!, ayudadme y hacedme semejante a Vos; quiero cambiar de conducta. Vos, por amor mío, habéis soportado tantos oprobios; pues yo, por vuestro amor, quiero aceptar toda suerte de injurias. ¡Oh Redentor mío! abrazando durante la vida con tanto amor las deshonras y los desprecios, los habéis tornado honrosos y apetecibles. Pues bien, os diré con vuestro Apóstol: "A mí líbreme Dios de gloriarme sino en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo!" (126).

¡Oh María, humildísima Señora y Madre de Dios! Vos, que en todo, y señaladamente en el padecer los desprecios, fuisteis la más semejante a vuestro Hijo, alcanzadme la gracia de llevar con paciencia todos los ultrajes que de hoy en adelante reciba. Amén.

126: Mihi absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi. (Gal, VI, 14).

CONSIDERACIÓN XV

De la confianza que deben tener los religiosos en el patrocinio de María

Si es cierto, como lo es y lo afirma San Pedro Damiano, que la Madre de Dios, María Santísima, ama a todos los hombres con tan entrañable afecto, que no hay, si exceptuamos a Dios, quien le supere ni le iguale en el amor, ¿quién acertará a comprender cuánto ama esta Augusta Reina a los religiosos que han consagrado a Jesucristo su libertad, su vida y todo su amor? No se le oculta que se esfuerzan en ajustar su conducta a los ejemplos que Ella y su Hijo Jesucristo nos han dado; los ve con frecuencia ocupados en cantar sus alabanzas y continuamente atentos a honrarla con novenas, visitas, rosarios, ayunos y otros obsequios; los contempla a menudo postrados a sus pies para invocarla y pedirle gracias, todas ellas muy conformes a los deseos de su corazón, como son la perseverancia en el servicio de Dios, la fortaleza para luchar contra las tentaciones, el desprendimiento de las criaturas y el amor de Dios. Siendo esto así, ¿cómo dejará de interponer todo su valimiento y todo su poder en favor de los religiosos? Los miembros de la Congregación del Santísimo Redentor tenemos títulos especiales a su benevolencia, pues es notorio que hacemos especial profesión de honrar a la Virgen Madre con visitas, con

el ayuno y otras prácticas de penitencia en las novenas que preceden a sus fiestas, etc. y con sermones y novenas celebradas para promover por todas partes su devoción y sus glorias.

Esta gran Señora es muy agradecida, pues ya sabemos que dice: "Yo amo a los que me aman" (127). Es en extremo generosa, hasta el punto, como asegura San Andrés Cretense, "de recompensar con grandes favores los más pequeños obsequios que se le hacen" (128). Es tan cortés y amorosa, que se compromete a librar del pecado y llevar al paraíso a los que la honran y trabajan porque los demás la glorifiquen. "Aquellos que se guían por mí -dice- no pecarán; los que me dan a conocer a los demás alcanzarán la vida eterna" (129).

Por todo lo cual debemos dar continuas acciones de gracias a Dios por habernos llamado a esta Congregación, en la cual, por la costumbre de la Comunidad y por los buenos ejemplos de sus miembros nos sentimos movidos y como forzados a recurrir a María, a honrar de continuo a esta nuestra amantísima Madre, que con justo título se llama la alegría, la esperanza, la vida y la salvación del que la honra e invoca.

127: Ego diligentes me diligio. (Prov, VIII, 17).

128: Solet maxima pro minimis reddere. (In dor. V. M., S. 3).

129: Qui operantur in me non peccabunt. Qui elucidant me vitam aeternam habebunt. (Eccli XXIV).

ORACIÓN

¡Oh amabilísima y amantísima Reina mía! No me cansaré de dar gracias a mi Señor y a Vos, porque, además de haberme sacado del mundo, me habéis llamado a vivir en esta Congregación, donde reina especialísima devoción hacia Vos. Admitidme, pues, ¡oh Madre mía! en vuestro servicio, y no llevéis a mal que, entre tantos hijos vuestros fidelísimos, os sirva también yo, miserable pecador. Después de Dios, Vos seréis siempre mi esperanza y todo mi amor; Vos seréis mi socorro en todas mis tentaciones y tribulaciones; Vos seréis también mi refugio y mi consuelo. Dios y Vos únicamente seréis mi sostén y mi fortaleza en los combates, en las tristezas y en las amarguras de la vida. Por serviros a Vos renuncio a todos los reinos del mundo; mi reinar será serviros, bendeciros y amaros en este mundo, ¡oh dulcísima Señora mía!, a quien servir, como dice San Anselmo, es reinar (130). Ya que sois la Madre de la perseverancia, alcanzadme la gracia de seros fiel hasta la muerte. Obrando así, espero, y mi esperanza no quedará frustada, ir un día al cielo, en donde Vos reináis, para alabaros y bendeciros por toda la eternidad sin que nadie pueda separarme de vuestros sagrados pies. "Jesús y María -os diré con vuestro amantísimo siervo Alonso Rodríguez-, objeto

130: Cui service regnare est.

de mis dulcísimos amores, por vosotros padeceré y moriré; haced que sea todo vuestro y nada mío" (131).

ORACIÓN SACADA DE LAS OBRAS DE SANTO TOMÁS DE AQUINO

Dadme, Dios mío, la gracia de conocer vuestra voluntad y de cumplirla perfectamente para vuestra mayor gloria.

Dadme la fuerza necesaria para que ni me ensoberbezca en la prosperidad ni en la adversidad me abata; haced que sólo me alegre lo que me une con Vos y me aflija lo que me aparta de Vos; que sólo a Vos desee agradar y únicamente tema lo que a Vos os desagrada. Todos los bienes de la tierra sean para mí viles y despreciables, y séanme únicamente amables vuestros dones por amor vuestro; haced que yo os ame sobre todas las cosas. Séame insípida toda alegría que no venga de Vos, de suerte que yo nada quiera fuera de Vos. Haced que todos mis afectos y todos mis pensamientos vayan a Vos dirigidos. Hacedme, Señor, obediente sin replicar, pobre sin deseos, casto sin mancha, paciente sin murmuración, humilde sin fingimiento, alegre sin disipación, temeroso sin desconfianza, diligente sin preocupación, prudente sin artificio. Dadme

---

131: Jesus et María, amores mei dulcissimi! Pro vobis patiar, pro vobis moriar; sim totus vester, sim nihil meus.

el obrar bien sin presunción, el corregir sin soberbia, el edificar al prójimo con mi conducta sin disimulo. Dadme un corazón vigilante, que no le aparten de Vos pensamientos vanos; un corazón generoso, que no abrigue jamás indignos afectos; un corazón recto, que no se deje torcer por malas intenciones; un corazón fuerte en la tribulación y libre de afectos terrenos. Dadme luz para conoceros, diligencia para buscaros, habilidad para hallaros, perseverancia en complaceros y fidelidad en agradecer vuestros beneficios. Dadme, finalmente, valor para abrazar los trabajos de la vida en expiación de mis pecados, y después la gracia de veros, poseeros y amaros por toda la eternidad en el cielo. Amén.

¡Oh María, Reina, esperanza y Madre mía! Os amo y en Vos confío. Os suplico por amor de Jesucristo y por el inmenso gozo que experimentásteis al ser hecha Madre suya, y por los dolores que sufrísteis en su afrentosa muerte, que me impetréis del Señor un gran dolor de mis pecados junto con el perdón de ellos, la perseverancia en el bien, un puro amor de Dios y la conformidad perfecta con su santísima voluntad. Ya que sois el refugio de los pecadores, sedlo también mío. A Vos encomiendo mi alma y mi eterna salvación. Recibidme en el número de vuestros siervos y como tal protegedme siempre, sobre todo en la hora de mi muerte. Con vuestra poderosa intercesión me habéis de salvar. Así lo espero, así sea.

CAPÍTULO IV

I

Conferencia familiar predicada en la toma de hábito de una doncella

Jamás se debe caer de tu memoria, piadosa joven, el recuerdo de este día, en que has tenido la dicha de desposarte con Jesucristo; ni te canses de darle gracias por tan señalado beneficio. No creas que Jesucristo te ha de quedar agradecido porque abandonaste el mundo por su amor; antes por el contrario, tú le debes eterno agradecimiento por la singular merced que te ha hecho de sacarte del mundo para traerte al paraíso de la religión.

Acabas de romper los lazos que te unían al mundo ¿piensas haber hecho un gran sacrificio? Pero, al cabo, ¿qué es el mundo, sino tierra abonada donde brotan espinas, lágrimas, dolores? Muchas cosas promete el mundo a sus seguidores: diversiones, alegrías y pasatiempos; pero todo esto termina en desengaños, amargura y vanidad. Las mismas riquezas, los honores y los placeres mundanos, acaban por extremos de pena y de dolor. Y plegue a Dios que, para tantos ciegos que corren en pos de las vanidades del siglo, este dolor no se convierta en llanto eterno; porque en medio del mundo hay muchos, grandes y a veces inevitables peligros de perder el alma, el Paraíso y a Dios.

¡Cuán dignas de compasión son aquellas jóvenes que, engañadas por las falsas promesas del mundo, abandonan a Jesucristo para volver al siglo! Esperan hallar en él placeres y contentos; pero, ¡ay!, sus esperanzas han quedado frustradas; en vez de lo que buscaban han encontrado hiel y punzantes espinas. La sujeción al marido, el cuidado de los hijos y de los criados, los respetos humanos, las necesidades de la familia y otras mil cosas a las cuales están sujetas las mujeres que viven en el mundo, levantan tan grande tempestad de angustias, de temores y de disgustos, que convierten la vida en un como prolongado martirio.

Preguntad, preguntad a las mujeres casadas si hay alguna contenta con su suerte; a cuantas yo he preguntado, me han respondido con mil quejas y lástimas. Dirigid, por el contrario, la misma pregunta a las religiosas que han abandonado el mundo para darse al Señor sin reserva, y todas os responderán a una voz que no se cansarán de dar gracias a Dios por haberlas sacado del mundo. Que siempre será verdad lo que cantó el cardenal Petrucci, cuando dijo que los placeres de los amadores del mundo parecen puras alegrías, y en realidad son tormentos, y, por el contrario, los trabajos de los que aman a Dios parecen penas y son, en verdad, grandes consuelos.

Esto por lo que se refiere a la vida presente; porque ¿cuál será la suerte que aguarda en la eternidad a las

jóvenes que han abandonado el siglo y a las que han permanecido en el mundo?

"Pues que, dicen las que no salen del mundo, ¿por ventura no podemos hacernos santas en el siglo?" ¿Hacerse santas? Escucha, hija mía, a fin de que el demonio no te inquiete en lo porvenir. Para santificarse no basta decirlo, ni basta desearlo; menester es emplear los medios necesarios. Hay que hacer oración mental todos los días, porque con dificultad ama a Dios el que no piensa a menudo en Él. Hay que frecuentar los sacramentos, por medio de los cuales Dios se comunica al alma. Hay que desprenderse de todos los afectos y vanidades de la tierra. Ahora bien: ¿cuánto tiempo puede dedicar a la oración mental una madre de familia, agobiada bajo el peso del cuidado de los hijos, de los criados y de todas las necesidades de la casa? Apenas si tendrá tiempo suficiente para rezar el Rosario. ¿Cómo podrá frecuentar los sacramentos, si con trabajo halla espacio de tiempo para ir a Misa los días festivos? ¿Cómo podrá vivir desprendida de los afectos de la tierra, si vive engolfada en las cosas del mundo?

Luego, acabará diciendo alguno, las mujeres casadas ¿no pueden llegar a la santidad? Y, sin embargo, la Historia nos conserva los nombres de mujeres casadas que alcanzaron heroica virtud. No hay duda que una mujer casada puede santificarse en el mundo, con tal que se esfuerce en practicar los ejercicios de piedad arriba enumerados; pero, ante todo, debe adquirir

gran caudal de paciencia, puesto que no se santificará sin grandes trabajos y fatigas; y digo más: que todas las mujeres casadas, sean grandes señoras, sean princesas, y aunque sean reinas, han de ser mártires de paciencia.

Por el contrario, la religiosa que abandona el mundo para entregarse a Dios, halla en el monasterio mil medios y facilidades de llevar una vida ordenada y santa. Aunque no hiciera más que lo que manda la Regla y practica toda la Comunidad: meditar diariamente, comulgar varias veces a la semana, oír la Misa todos los días, escuchar con frecuencia la palabra de Dios, además de los Ejercicios Espirituales que debe hacer todos los años por espacio de ocho días, y otro sin cuento de devociones que se practican en el convento, esto sólo bastaría para santificarse. Mira, hija mía, cuando el demonio venga a tentarte con dejar la vida religiosa que hoy comienzas a llevar, acuérdate de lo que ahora te voy a decir: son pocas las personas que se salvan en el siglo; en cambio, en los conventos son raras, rarísimas las religiosas que se condenan.

En fin, si te hubieras quedado en el mundo, ¿qué esposo habría cautivado tu corazón? ¿Un gran caballero, un noble con cien blasones, un monarca con dos reinos? Pues ahora te ha tocado por esposo al Rey del cielo y el Emperador de todos los reinos de la tierra. ¡Cuántas santas vírgenes han renunciado a la mano de muy grandes señores del mundo para ser esposas

de Jesucristo! La Beata Inés de Praga rehusó desposarse con el emperador Fernando II para meterse en un convento. Otras piadosas doncellas por no dejar de ser esposas de Cristo, prefirieron perder la vida en la demanda. A Santa Inés la pretendían muchos señores romanos; pero antes que renegar de su Esposo Jesucristo, ofreció su cuello a la espada del verdugo. Santa Domitila renunció a la mano del Conde Aurelio, gran señor de Roma, y por esta causa fue quemada viva. A Santa Susana le ofrecieron ser esposa del emperador Maximino; pero ella, para guardar a Jesucristo la fidelidad prometida, prefirió morir mártir, perdiendo su vida a manos del verdugo.

Deja, hija mía, deja para esas jóvenes que aman el mundo sus diversiones, sus vanos placeres, sus ricos vestidos, sus teatros, banquetes y festines, que a ti te basta poseer a Jesucristo; pues, encerrada en tu celda, te dará a gustar más tranquila paz y contento que gozan las reinas en sus palacios nadando en riquezas y placeres mundanos; allí, en el retiro de tu celda, mansión de paz, tendrás un paraíso anticipado. Si amas a Jesucristo, amarás también la soledad de la celda; en ella tu Esposo crucificado te hablará familiarmente al corazón, y desde lo alto de la cruz te enviará rayos de luz que iluminen tu entendimiento y dardos de fuego a tu corazón que te inflamen en su santo amor. Y tú, hija mía, a solas con Él en el retiro de tu convento, le abrirás tu pecho, para que lea en él el amor que le tie-

nes; le ofrecerás de continuo todo cuanto eres y todo cuanto te pertenece; le pedirás las gracias que necesitas; le comunicarás las angustias y pesares que te agobian, los temores que te afligen, y Él te consolará. No lo dudes; tu divino Esposo te consolará siempre durante la vida, y especialmente en la hora de la muerte. Entonces no vendrá a juzgarte en casa de seglares, rodeada de hijos, de parientes, de amigos y de criados de cuyos labios no saldrá una palabra que sirva para dar aliento a tu alma en aquel solemne trance, sino que vendrá a buscarte en su santa casa, rodeada de tus Hermanas de religión, las cuales, con piadosas consideraciones, te alentarán y animarán a comparecer con entera confianza ante la presencia de tu Esposo amado, que saldrá a tu encuentro con la diadema en la mano, para coronarte reina de su reino bienaventurado en recompensa del amor que le has profesado.

He dicho que las Religiosas que se han entregado enteramente a Dios gozan de continua paz, de aquella paz, se entiende, que se puede disfrutar en este mundo, llamado valle de lágrimas. Sólo en el cielo tendremos paz cabal y perfecta, exenta de toda suerte de trabajos. Esta tierra es para nosotros lugar de merecer, y, por consiguiente, lugar de padecimiento, donde, padeciendo, conquistaremos las alegrías del paraíso.

Mayormente, hija mía, que el Esposo que has escogido esta mañana, no obstante ser el más noble, el más rico y el más esclarecido que te podía caber en suerte,

se llama y es *Esposo de sangre* (132). Esposo de sangre, en efecto, porque derramó toda la suya al ser azotado, coronado de espinas y crucificado para salvar tu alma y la de todos los hombres. Este amable Jesús camina delante de ti, y como a esposa suya te invita a que sigas sus huellas. No va coronado de flores, sino de espinas; no lleva vestidos recamados de oro y de pedrería, sino que va cubierto de llagas; mira el trono real en que está reclinado y verás que es una dura cruz, donde agoniza y muere, sumergido por tu amor en un piélago de dolores y de ignominias.

Escucha su voz, que te convida a seguirle; oye lo que te dice, si te dispones a seguir sus pasos: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (133).

Lo primero que te pide es que renuncies a ti misma. Quiere ante todo que te desprendas de todas las criaturas. Jesús, tu Esposo, jamás se dará por satisfecho si no eres totalmente suya, y para lograrlo debes despojarte de todos los afectos terrenos de las vanidades, de las riquezas, de los parientes, de la estimación propia y de la propia voluntad. Sobre todo es menester que guardes la puerta de tu corazón, para que no entre en el afecto a persona alguna. Cuando las criaturas pretendan robarte el amor que debes a Jesucristo y que Él

---

132: Sponsus sanguinum tu mihi es. (Ex, IV, 25).

133: Si quis vult post me venire abneget semetipsum, et tollat crucem suam et seaquatur me. (Mt XVI, 21).

quiere todo para sí, respóndele con Santa Inés (134): "Largo de aquí, pasto de la muerte; Jesús, mi Dios y mi Esposo, ha sido mi primer amante y se ha conquistado todo mi corazón; lejos de mí, porque en mi corazón no hay lugar para ti".

Para grabar en la memoria, hija mía, el recuerdo de lo que te voy diciendo, no te olvides de las palabras que has de pronunciar al tomar el sagrado velo, el cual simboliza el cuidado que debes poner en ocultarte a los ojos del mundo, a fin de que no des lugar en tu corazón a otro amor ni a otro amante fuera de Jesucristo. "Ha puesto una señal sobre mi frente, dirás entonces, a fin de que, fuera de Él, no admita otro amante" (135). Por esta misma razón vas a cambiar de hábito, despojándote de los atavíos del siglo, para ceñir el burdo sayal de la religión, con el fin de que te despojes de todos los afectos del mundo y de todas las mundanas vanidades. Mudarás también de nombre, a fin de que el mundo se olvide de ti y tú, muerta al mundo, vivas de tal suerte separada de él, que ya nadie se acuerde de que vives en la tierra.

La segunda cosa que Jesucristo pide de ti es que lleves con resignación la cruz que ha colocado sobre tus hombros. Tu cruz será la observancia regular y la obe-

---

134: Recede a me, pabulum mortis; ab alio amatore praeventa sum. (Off. 21: Jan).

135: Posuit signum in faciem meam. ut nulium, praete eum, amatorem admittam. (Off. 21 Jan).

diencia a la Superiora del monasterio: la religiosa que no observa perfectamente las reglas de la Comunidad y no se somete a los preceptos de la Superiora, es imposible que sea buena religiosa. Otra cruz que tendrás que cargar sobre tus hombros será llevar con paz y alegría todas las contrariedades que sobrevengan y todas las mortificaciones y humillaciones que caigan sobre ti. El que no se abraza con la humillación da claras pruebas de que no es humilde, y el que no se humilla no se hará santo y corre gran peligro de condenarse. Además no se llega al cielo sino por el camino de la cruz y de la paciencia en soportarla; y Dios, para las almas que desea levantar a muy alta santidad, planta cruces en todas partes que las aflijan y hagan sus verdaderas esposas.

Cuando hayas tomado el santo hábito, te recomiendo que renueves todos los días la promesa que has hecho de ser fiel a Jesucristo, que amor y fidelidad son las dos principales cualidades de una esposa. A este fin se te dará el anillo en señal de la fidelidad con que debes guardar el amor que a Jesucristo has prometido; mas para ser fiel no te fíes de tu promesa; menester es que sin cesar pidas a Jesucristo y a su Santísima Madre que te alcancen la santa perseverancia. Procura alimentar en tu corazón ilimitada confianza en la intercesión de María, que se llama y es la Madre de la perseverancia.

Y cuando adviertas que el amor divino se resfría en tu pecho y las criaturas pretendan cautivarte con su

mentido amor, trae a la memoria esto que te voy a decir: Para que no caigas en tibieza y no pongas tu afecto en las cosas de la tierra, exhórtate a ti misma diciendo: "¿Para qué he abandonado el mundo, y mi casa, y mis parientes? ¿Acaso para condenarme?" Estos mismos pensamientos daban nuevos bríos a San Bernardo para caminar con más ahinco por la senda de la perfección. Cuando sentíase resfriado en el amor divino, exclamaba: "Bernardo, ¿por qué has abandonado el mundo y has entrado en el monasterio? -Para santificarte.- Y ahora ¿en qué piensas, si en esto no piensas?". De esta suerte logró vivir y morir como santo. Si así lo hicieres, hija mía, espero que llegarás a la santidad, y, entre tantas vírgenes como reinan en el cielo, te veré a ti en su compañía, hecha reina de aquel reino bienaventurado.

Pero hora es ya de terminar este mi discurso, y así parece que me lo manda tu santo Esposo, que arde en deseos de que pises los umbrales de su casa. Míralo aquí, dispuesto a recibirte con gran júbilo y alegría; escucha su voz y advertirás con qué afecto te llama, a fin de que entres presto en su real palacio, que en regia morada se ha de trocar para ti este monasterio. Adelante, pues, y entra con entera confianza, puesto que la acogida que te prepara esta mañana tu Esposo recibiéndote en su casa es como el trasunto de la que te prepara en la hora de la muerte, cuando te reciba en el reino eterno de la gloria.

II

Conferencia predicada en la toma de hábito de dos jóvenes doncellas (136)

Qualis est dilectus tuus ex dilecto, quia sic adjurasti nos? (Cant, V, 9.)

Cuando se intenta contraer enlace con una persona, la más elemental prudencia exige examinar ante todo y conocer la persona a la cual se ha de unir con lazo indisoluble: la esposa debe conocer las dotes y cualidades que adornan al esposo, y éste las que dan realce a la esposa. Tomar por norte y guía en negocio de tanta importancia la pasión, que ofusca y extravía, y tomar, sin reflexionar, una determinación semejante, siempre fue considerado como fuente y origen de mil fatales consecuencias.

Mirad a estas dos vírgenes que han formado el propósito de entregarse a Jesucristo por esposas: vistiendo hoy el hábito religioso, están determinadas a celebrar sus bodas con el Cordero de Dios al fin de su noviciado, el cual no es otra cosa que un año de preparación para confirmarse más y más en la resolución ya tomada y disponerse mejor a cumplir a su debido tiem-

136: Esta conferencia quedó inédita has 1867, tiempo en que la sacaron a la luz los editores belgas de las obras de San Alfonso. De aquella edición nos hemos servido para trasladarla a nuestra lengua.

po los santos desposorios; es decir, la unión que debe consumarse después de la muerte, al entrar triunfante en el cielo. Entonces Esposo y esposa vendrán en espíritu a ser una misma cosa.

¿Hay algo más importante y necesario en este momento para vosotras, amadas hijas, que conocer la condición y cualidades del Esposo con el cual vais a contraer tan inefables desposorios? ¡Con qué afán y con qué santa curiosidad esperáis saber si Aquel a quien amáis, si el Esposo que habéis elegido tiene todos los títulos que vosotras apetecéis, para determinaros a permanecer constantes y fieles en vuestros propósitos!

Él fue quien os animó a vosotras y os eligió, como dice San Pablo (137), antes de la creación del mundo. Desde toda la eternidad se detuvo a miraros, y sin atender a vuestras imperfecciones, y a pesar de veros desfiguradas y privadas de su gracia por el pecado de Adán, tuvo compasión de vosotras y se os declaró por amante pidiéndoos vuestro amor. "En el día de tu nacimiento -dice el Señor por Ezequiel- me compadecí de ti, te vi y te dije: Este es tu tiempo, tiempo de amantes" (138). Se ha dignado llamaros para colocaros en el número de sus amadas esposas, no apoyado en vuestros méritos, sino guiado por el entrañable amor que os tiene.

137: Elegit nos in ipso ante mundi constitutionem. (Eph I, 4).

138: In die ortus tui... misertus... vidi te... et dixi tibi: Ecce tempus tuum, tempus amantium. (Ezech XVI, 4, 8)

Os resta, pues, saber qué títulos tiene para que le escojáis por Esposo. Entre otras hay tres cualidades que en todo esposo se buscan: si es agraciado y amable, si posee riquezas y si su conducta presente da testimonio de que en lo por venir guardará fidelidad a su esposa. Voy, pues, a deciros a entrambas, para vuestro consuelo, que Aquel a quien amáis "es hermoso, es rico, es fiel".

1. De la hermosura de Jesucristo

Nadie mejor que la Esposa de los Cantares, tan familiar al divino Esposo y tan íntimamente unida con Él, podrá decirnos cuán amable, bello y gracioso es. Cuando las hijas de Jerusalén, ansiosas de conocerle, preguntaron a la Santa Esposa quién y cómo era su Amado, respondió con presteza y amor: "Mi Amado es escogido entre mil (139); es de una belleza que sobrepuja a toda belleza; blondos son sus cabellos y brillantes como el oro purísimo sus guedejas; su rostro es blanco y sonrosado como el lirio"... Y así prosigue, empleando las imágenes más seductoras y los más encantadores emblemas para pintar la dignidad y belleza del cuerpo del divino Esposo, en su conjunto y en todas sus partes, hasta que no sabiendo ya qué decir, termina con estas palabras: "Todo Él es envidiable; tal es mi Amado"

139: Dilectus meus..., electus ex millibus. (Cant V,10).

(140). "Es el más gentil en hermosura entre los hijos de los hombres" (141), y se distingue de todos ellos por su belleza; es tan perfecto, que no le falta ningún género de perfección; y a la vez es tan hermoso, que en hermosura no hay quien le iguale; al mirar brilla en sus ojos un destello de su oculta divinidad de suerte que una sola de sus miradas basta para ganar los corazones e inflamarlos en amor. Al hablar, leche y miel destilan sus labios, y su voz está cargada de tan dulces melodías, que una sola de sus palabras basta para colmar todos los corazones de celestiales consuelos. Con un gesto de su mano atrae hacia sí a innumerables pueblos, y basta que dé un paso para ablandar los más duros corazones. En cualquier estado que se le considere, dice San Agustín, sea como Verbo eterno en el seno del Padre, sea como Hombre en los brazos de su augusta Madre, ora en su vida oculta, ora en su vida pública, siempre se presenta amable y envidiable.

Sí; este Dios, que se ha hecho vuestro Esposo, es hermoso con todo género de hermosura, por todas las causas que han concurrido a revestirle de la humana naturaleza.

Es hermoso en virtud de la *causa eficiente*, que es el Espíritu Santo, formándolo en las entrañas de María. Siendo este divino agente de un poder infinito, sus

---

140: Totus desiderabilis; talis est dilectus meus.
141: Speciosus forma prae filiis hominum. (Ps XLIV, 3).

obras tienen que ser perfectas y acabadas cuando salen inmediatamente de sus manos, como salió la sacratísima humanidad que el Verbo había de tomar. ¿Quién podrá declarar las perfecciones con que lo enriqueció su Autor? El Señor formó con sus propias manos el cuerpo de Adán, y lo formó más hermoso y perfecto que todos los demás, porque estaba destinado a ser el templo de un alma criada a imagen de Dios. ¿Qué decir, pues, de la humanidad de este segundo Adán, que debía unirse indisoluble e hipostáticamente a la divinidad del Verbo? ¿No debió el Espíritu Santo encerrar como en síntesis todas las perfecciones de todas las criaturas, uniendo en Cristo en supremo grado todo lo que hay en ellas de más hermoso y perfecto?

Es hermoso en virtud de la *causa formal*, que fue su alma, la cual debía unirse al Verbo y animar su admirable cuerpo; esta alma, según nos enseña San Jerónimo, debía hacer brillar en el semblante y en toda la fisonomía del Redentor el encanto de todas las virtudes y de la divinidad, oculta a las miradas de los hombres. ¿Quién, por consiguiente, podrá dibujar la belleza y expresión de su divino rostro? Que por esto la sagrada Esposa, arrebatada de admiración, exclama: "Tú sí, Amado mío, que eres el hermoso y el agraciado" (142). Le llama dos veces hermoso: por ser hermoso como hombre y hermoso como Dios.

142: Ecce tu pulcher es dilecte mi, et decorus. (Cant I, 15).

Es hermoso en virtud de la *causa ideal*, porque al formarlo tenía presente el Espíritu Santo el dechado de toda perfección, que es el mismo Verbo del Padre, para trasladar a Cristo una hermosura que sobrepujase a todas las hermosuras criadas y a todas las que Dios había derramado en las criaturas: en el sol, en las estrellas, en los cielos, en todos los elementos, en las aves y en las flores, con el fin de darnos alguna idea de las invisibles bellezas de su divinidad por medio de las cosas visibles. Dios depositó en cada una de las criaturas que salió de sus manos una centella de su infinita belleza, y el Espíritu Santo debía reunir y como concentrar en la humanidad del Verbo todas las bellezas de las criaturas; de suerte que vuestro Esposo celestial, amadas hijas, nos da a conocer mejor la hermosura del Criador que todas las criaturas juntas. Es extremadamente hermoso en virtud de la *causa final*. Venía, en efecto, al mundo para ser el fin de todas las criaturas, y, por consiguiente, para comunicarles a todas su infinita perfección. ¡Cuál, pues, no debía ser su incomparable belleza! Venía para cautivar a su amor los corazones de sus criaturas, para eclipsar todo lo que nos agrada y seduce en este mundo, para ser el objeto de todos nuestros afectos, para conquistar nuestras almas y ganarlas a la causa de la virtud, para alentarnos al trabajo y sufrir los padecimientos de la vida; en una palabra: para ser el galardón de los que le siguen. Para conseguir todo esto, ¡qué hermosura no

manifestó, qué dignidad, qué gracia, qué amabilidad, qué dulzura en sus palabras, qué afabilidad en sus conversaciones, qué encanto en todos sus modales!

¡Oh, qué hermoso es! Y advertid que no perdió su belleza ni cuando sus enemigos le vendaron los ojos, envidiosos de su hermosura, ni cuando quedó desfigurado en su Pasión, ni cuando le clavaron en la cruz, apareciendo a las miradas de todos como varón de dolores y de aspecto repugnante. A través de sus llagas nos descubre los encantos de su amor, su belleza y la amabilidad que le movió a padecer por nosotros; de suerte que, como dice San Agustín en los transportes de su amor, Jesús era también hermoso clavado en la cruz, aun cuando estaba oscurecida y velada su hermosura por la sangre y las llagas.

Rastread por aquí cuán admirable es la belleza de vuestro divino Esposo; y siendo tan hermoso y tan amable, ¿no os debéis tener por felices y dichosas al considerar que os ha escogido para esposas suyas? ¿Con qué determinación no debéis apartar vuestras miradas de todas las criaturas para ponerlas solamente en Él? ¿Con qué resolución no debéis de arrancar de vuestros corazones los afectos a las cosas terrenas, por amables que sean, para ofrecérselos a Él por entero? Yo veo que el apóstol San Pablo, después de haber contemplado la hermosura de Jesucristo cuando se le apareció en el camino de Damasco, ya no tuvo corazón para amar, ni ojos para ver las criaturas. Todos los

encantos, todas las magnificencias de la Creación que hasta entonces podían cautivar sus miradas y ganar los afectos de su corazón, le parecían, no sólo indignos de llamar su atención, sino dignos de aborrecimiento, como lo es el vil estiércol. La vista de Jesucristo, que le ganó sus afectos, colmó su corazón de un soberano desprecio a todas las criaturas. Y San Francisco de Asís, en sus éxtasis admirables, contemplando la belleza de su amado, solía exclamar: "El amor de Jesucristo me quita el gusto para todo; las criaturas no tienen atractivo alguno para mí, ni los ángeles ni los arcángeles pueden colmar las ansias de mi corazón; los rayos del sol, cuando contemplo el resplandeciente rostro de mi amado, me parecen densas tinieblas". Siendo Jesucristo tan bello y habiéndolo escogido ya por esposo, ¿podréis aún, hijas mías, abrir vuestro corazón al amor de las criaturas? ¿Podréis todavía juzgarlas dignas de vuestro aprecio y estima?

Cuando Santa Teresa de Jesús tuvo la dicha de ver la mano de este Esposo divino, aunque atada a la columna e hinchada por el apretar de las sogas, quedó transportada y fuera de sí al contemplar tan gran belleza, y le pareció imposible amar en adelante las criaturas y no tener a las cosas del mundo por lo que son: basura y pura nada. Y aun cuando todas las bellezas criadas estuviesen reunidas junto con otras hermosuras posibles, para formar con todas ellas una sola hermosura y belleza, no se hubiera dignado detenerse a